

SELECCIÓN DE ROMANCES

ROMANCE HISTÓRICO

Miraba de Campo-Viejo
el rey de Aragón un día,
miraba la mar de España
cómo menguaba y crecía;
miraba naos y galeras,
unas van y otras venían:
unas venían de armada,
otras de mercadería;
unas van la vía de Flandes,
otras la de Lombardía;
esas que vienen de guerra
¡oh, cuán bien le parecían!
Miraba la gran ciudad
que Nápoles se decía,
miraba los tres castillos
que la gran ciudad tenía:
Castel Novo y Capuana,
Santelmo, que relucía,
aqueste relumbra entre ellos
como el sol de mediodía.
Lloraba de los sus ojos,
de la su boca decía:
-¡Oh ciudad, cuánto me cuestas
por la gran desdicha mía!
Cuéstarte duques y condes,
hombres de muy gran valía,
cuéstarte un tal hermano,
que por hijo le tenía;
de esotra gente menuda
cuento ni par no tenía;
cuéstarte ventidós años,
los mejores de mi vida,
que en ti me nacieron barbas,
y en ti las encanecía.

ROMANCE FRONTERIZO

-¡Abenámar, Abenámar,
moro de la morería,
el día que tu naciste
grandes señales había!
Estaba la mar en calmar,
la Luna estaba crecida,
moro que en tal signo nace
no debe decir mentira.
-No te la diré, señor,
aunque me cueste la vida.
-Yo te agradezco, Abenámar,
aquesta tu cortesía.
¿Qué castillos son aquellos?
¡Alto son y relucían!
-El Alhambra era, señor,
y la otra, la mezquita;
los otros, los Alixares,
labrados a maravilla.
El moro que los labraba,
cien doblas ganaba al día
y el día que los labra
otras tantas se perdía;
desque los tuvo labrados,
el rey le quitó la vida
porque no labre otros tales
al rey del Andalucía.
El otro es Torres Bermejas,
castillo de gran valía;
el otro, Generalife,
huerta que par no tenía.
Allí hablara el rey don Juan,
bien oiréis lo que decía:
-Si tu quisieras, Granada,
contigo me casaría;
darete en arras y dote
a Córdoba y a Sevilla.
-Casada soy, rey don Juan,
casada soy que no viuda;
el moro que a mi me tiene
muy grande bien me quería.
Hablara allí el rey don Juan,
estas palabras decía:
-Échenme acá mis lombardas
doña Sancha y doña Elvira;
tiraremos a lo alto,
lo bajo ello se daría.
El combate era tan fuerte
que grande temor ponía.

ROMANCES ÉPICOS

ROMANCE DE BERNARDO DEL CARPIO

Por las riberas de Arlanza
Bernardo el Carpio cabalga,
en un caballo morcillo
enjaezado de grana;
gruesa lanza en la mano
armado de todas armas.
Toda la gente de Burgos
le mira como espantada,
porque no se suele armar
sino a cosa señalada.
También lo miraba el rey,
que fuera vuela una garza;
diciendo estaba a los suyos:
-Esta es una buena lanza;
si no es Bernardo del Carpio,
este es Muza el de Granada.
Ellos estando en aquesto,
Bernardo que allí llegaba;
ya sosegando el caballo,
no quiso dejar la lanza.
Mas puesta encima del hombro
al rey de esta suerte hablaba:
-Bastardo me llaman, rey,
siendo hijo de tu hermana;
y del noble Sancho Díaz,
ese conde de Saldaña;
que ninguno otro no osaba;
dicen que ha sido traidor,
y mala mujer tu hermana;
tú y los tuyos lo habéis dicho,
miente por medio la barba;
mi padre no fue traidor,
ni mi madre mujer mala,
porque cuando fui engendrado
ya mi madre era casada.
Pusiste a mi padre en hierros,
y a mi madre en orden santa,
y porque no herede yo
quieres dar tu reino a Francia.
Morirán los castellanos
antes de ver tal jornada;
montañeses y leoneses,
y esa gente asturiana
y ese rey de Zaragoza
me prestará su compañía

para salir contra Francia
y darle cruda batalla;
y si buena me saliere
será el bien de toda España;
si mala, por la república
moriré yo en la demanda.
Mi padre mando que sueltes,
pues me diste la palabra:
si no, en campo, como quiera
te será bien demandada.

ROMANCE DEL CID: LA JURA DE SANTA GADEA

En Santa Gadea de Burgos
do juran los hijosdalgo,
allí toma juramento
el Cid al rey castellano,
sobre un cerrojo de hierro
y una ballesta de palo.
Las juras eran tan recias
que al buen rey ponen espanto.
—Villanos te maten, rey,
villanos, que no hidalgos;
abarcas traigan calzadas,
que no zapatos con lazo;
traigan capas aguaderas,
no capuces ni tabardos;
con camisones de estopa,
no de holanda ni labrados;
cabalguen en sendas burras,
que no en mulas ni en caballos,
las riendas traigan de cuerda,
no de cueros fogueados;
mátente por las aradas,
no en camino ni en poblado;
con cuchillos cachicuernos,
no con puñales dorados;
sáquente el corazón vivo,
por el derecho costado,
si no dices la verdad
de lo que te es preguntado:
si tú fuiste o consentiste

en la muerte de tu hermano.
Las juras eran tan fuertes
que el rey no las ha otorgado.
Allí habló un caballero
de los suyos más privado:
—Haced la jura, buen rey,
no tengáis de eso cuidado,
que nunca fue rey traidor,
ni Papa descomulgado.
Jura entonces el buen rey
que en tal nunca se ha hallado.
Después habla contra el Cid
malamente y enojado:
—Mucho me aprietas, Rodrigo,
Cid, muy mal me has conjurado,
mas si hoy me tomas la jura,
después besarás mi mano.
—Aqueso será, buen rey,
como fuer galardonado,
porque allá en cualquier tierra
dan sueldo a los hijosdalgo.
—¡Vete de mis tierras, Cid,
mal caballero probado,
y no me entres más en ellas,
desde este día en un año!
—Que me place —dijo el Cid—.
que me place de buen grado,

por ser la primera cosa
que mandas en tu reinado.
Tú me destierras por uno
yo me destierro por cuatro.
Ya se partía el buen Cid
sin al rey besar la mano;
ya se parte de sus tierras,
de Vivar y sus palacios:
las puertas deja cerradas,
los alamudes echados,
las cadenas deja llenas
de podencos y de galgos;
sólo lleva sus halcones,
los pollos y los mudados.
Con el iban los trescientos
caballeros hijosdalgo;
los unos iban a mula
y los otros a caballo;
todos llevan lanza en puño,
con el hierro acicalado,
y llevan sendas adargas
con borlas de colorado.
Por una ribera arriba
al Cid van acompañando;
acompañándolo iban
mientras él iba cazando.

ROMANCES LÍRICOS Y NOVELESCOS

ROMANCE DEL PRISIONERO

Que por mayo era, por mayo,
cuando hace la calor,
cuando los trigos encañan
y están los campos en flor,
cuando canta la calandria
y responde el ruiseñor,
cuando los enamorados
van a servir al amor;
sino yo, triste, cuitado,
que vivo en esta prisión;
que ni sé cuándo es de día
ni cuándo las noches son,
sino por una avecilla
que me cantaba el albor.
Matómela un balletero;
dele Dios mal galardón.

FONTE FRIDA

Fonte frida, fonte frida
fonte frida y con amor,
do todas las avecicas
van tomar consolación,
sino es la tortolica,
que está viuda y con dolor.
Por ahí fuera a pasar
el traidor del ruiseñor;
las palabras que le dice
llenas son de traición:
«Si tú quisieses, señora,
yo sería tu servidor.»
«Vete de ahí, enemigo,
malo, falso, engañador,
que ni poso en ramo verde
ni en ramo que tenga flor,
que si el agua hallo clara
turbia la bebiere yo;
que no quiero haber marido
porque hijos no haya, no;
no quiero placer con ellos
ni menos consolación.
¡Déjame triste, enemigo,
malo, falso, mal traidor;
que no quiero ser tu amiga
ni casar contigo, no!»

ROMANCE DE GERINELDO

-Gerineldo, Gerineldo,
Gerineldito pulido
quién estuviera esta noche,
sólo dos horas contigo.
- Como soy vuestro criado,
señora burláis conmigo.
- No me burlo Gerineldo,
que de veras te lo digo.
- ¿A qué hora, la mi señora,
me tendrá abierto el castillo?
- Entre las once y las doce,
cuando el rey se haya dormido.
A eso de las once y media,
Gerineldo va al castillo.
- ¿Quién será ese caballero
que a mi puerta dio un suspiro?
- Gerineldo soy, señora,
que vengo a lo prometido.
Baja la dama en enaguas,
abre puertas y postigos.
- Con un postigo que abra,
cabe mi cuerpo pulido.
Se metieron en la cama
como mujer y marido
y antes del gallo cantar,
los dos se quedan dormidos.
Cuando se despierta el rey,
despierta despavorido.
- O me fuerzan a la hija,
o me roban el castillo.
Coge la espada en su mano
y se va para el retiro,
y se encuentra allí a los dos
como mujer y marido.
- Si mato a mi hija la infanta,
queda mi reino perdido,
y si mato a Gerineldo
le mato muy joven niño.
Meto la espada entre medias,
porque sirva de testigo.
- Despiértate, Gerineldo,
despierta si estás dormido,
que la espada de mi padre
entre los dos ha dormido.

Ya se viste Gerineldo,
ya se va para el retiro
y al bajar por la escalera,
el rey, su amo, le ha visto.
¿Dónde vienes Gerineldo,
que vienes descolorido?
- Vengo del jardín señor,
que está florecido y lindo;
con el olor de las flores,
los colores se me han ido.
- No has prevenido muy mal
para ser tan tierno niño.
- Máteme el rey mi señor,
que lo tengo merecido.
- Si te quisiera matar,
harto lugar he tenido.
El castigo que te doy,
-no te doy otro castigo-
que ella sea tu mujer,
y tú seas su marido.

EL ENAMORADO Y LA MUERTE

Yo me estaba reposando,
durmiendo como solía,
soñaba con mis amores
que en mis brazos los tenía.
Vi entrar señora tan blanca,
aún más que la nieve fría.
- ¿Por dónde has entrado amor?
¿Cómo has entrado, mi vida?
Las puertas están cerradas,

ventanas y celosías.
- No soy el amor, amante;
la Muerte que Dios te envía.
- Ay Muerte tan rigurosa;
déjame vivir un día.
- Un día no puedo darte;
una hora tienes de vida.
Muy deprisa se levanta,
más deprisa se vestía.
Ya se va para la calle
en donde su amor vivía.
- Abreme la puerta, blanca;
ábreme la puerta, niña.
- ¿Cómo te podré yo abrir,
si la ocasión no es venida?
Mi padre no fue al palacio;
mi madre no está dormida.
- Si no me abres esta noche,
ya no me abrirás, querida.
La Muerte me está buscando;
junto a ti, vida sería.
- Vete bajo la ventana,
donde labraba y cosía;
te echaré cordón de seda
para que subas arriba,
y si el cordón no alcanzare,
mis trenzas añadiría.
La fina seda se rompió,
la Muerte que allí venía:
- Vamos el enamorado,
la hora ya está cumplida.